¡Qué hermoso estaba el campo! Reinaba el verano, y los rubios y dorados trigales contrastaban con la verde avena y con los prados de un verde más oscuro, cubiertos de montones de heno que perfumaban el ambiente. Bandadas de cigüeñas cruzaban la campiña erguidas sobre sus rojos y prolongados zancos, cuchicheando confusamente el antiguo idioma egipcio de los faraones: ellos son las únicos que lo conocen con pureza. Espesos bosques se extendían en torno de los campos y las praderas, y los reflejos de la luz del sol rielaban en la superficie de un anchuroso estanque.

En medio de este espléndido paisaje se levantaba un viejo castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua y cuyos muros desaparecían bajo un agreste tapiz de hiedra y otras plantas trepadoras que enlazaban sus guirnaldas con las cañas y nenúfares de la orilla, formando una bóveda sobre el agua. En una tronera de esas murallas había puesto su nido un pato hembra, y empollando los huevos se impacientaba por ver a los polluelos salir del cascarón, cansada de la soledad en que la dejaban sus comadres, las cuales, egoístas por demás, pasaban el día zambulléndose y chapuzando en el agua, sin acordarse de hacerle una visita.

Por fin, se abrió un huevo, se rompió el cascarón, sonó un ¡pip, pip! y se asomó una cabecita de pato. Al día siguiente un segundo pato hizo lo mismo, luego un tercero y es de advertir que aquellos animalitos desde un principio progresaron tanto, que en breve supieron decir rap, rap, asomando con ávida curiosidad la cabecita por entre el follaje que envolvía el nido.

Su primera frase fue la siguiente: ¡Qué grande es el mundo! Y no es extraño, pues respiraban más libremente que en el estrecho recinto de su cascarón.

- ¿Creéis tal vez -dijo la madre- que lo que veis es todo el universo? Oh, no: el mundo se extiende hasta el otro lado del jardín, hasta la iglesia, cuyo campanario he divisado una vez, sin pasar de allí. Vamos a ver, añadió levantándose del nido, ¿habéis salido todos? Oh, todavía no: veo que el huevo más grande permanece intacto. ¿Cuánto debe durar este engorro? ¡Francamente ya empiezo a estar cansada!

Y de buena o de mala gana volvió a acurrucarse cubriendo el huevo -¿Qué tal va? – le preguntó una ánade vieja que fue a visitarla.

-¡Ah! – contestó – Estoy pasando la pena negra con uno de mis huevos que no quiere abrirse. Mirad en cambio los polluelos, ¿habéis visto nunca patitos más hermosos? ¡Cómo se parecen a su padre! Y sin embargo ese truhan ni siquiera una sola vez ha venido a verlos.

-Vamos a ver ese que huevo que no quiere romper – dijo la vieja. Y añadió después de examinarlo- Creedme, es un huevo de pava. También yo fui engañada una vez. Primero para empollarlos pasé horribles trabajos, y luego para llevar al agua a los recién nacidos, sin que nunca pudiese lograr que entrasen en ella. Pero volviendo al huevo repito que es de pava y yo en vuestro lugar lo dejaría ahí, y desde luego me dedicaría a enseñar a nadar a los pequeñuelos.

— ¡Bah! - contestó la madre- Después de tanto tiempo, quiero cubrirlo aún algunos días, y veremos en qué para.

- Tiempo perdido - contestó la vieja, y se marchó .

Por último rompió el huevo, y al grito de “pip, pip” salió un pato muy grande, muy feo y muy mal formado.

¡Dios mío, qué horrible monstruo! - exclamó la madre: este sí que no se parece a los otros. ¿Será realmente un pavo? Pronto lo sabré. Iremos al agua, y si no entra en ella de buen grado, lo zambullo por fuerza.

A la mañana siguiente hacía un tiempo magnífico; la madre salió por primera vez con toda su familia y llegó al borde del foso. ¡Plas! ya está en el agua.

Rap, rap - dijo y los polluelos uno tras otro la siguieron, desapareciendo bajo el líquido elemento, volviendo a aparecer en seguida y nadando con rapidez.

Todos movían las patitas según las reglas incluso, el postrero, o sea el patazo pardo procedente del huevo mayor.

- “Ese no es pavo - dijo la madre - O si no, ved con qué destreza se sirve de las patas y qué derecho se mantiene. ¡Es hijo mío! Después de todo, bien mirado, no es tan feo como parece a primera vista.”

- “Rap, rap... Ahora seguidme, hijos míos, venid conmigo al gran estanque y tendré el gusto de presentaros a los demás. No os separéis de mi lado y tened cuidado con el gato.»

Reinaba en el estanque un tumulto, un ruido, un zafarrancho extraordinario: dos bandadas de patos se disputaban a picotazos una cabeza de anguila, y en lo más recio de la pelea, el gato, que parecía dormir acurrucado a la orilla, no hizo más que estirar la pata, llevó a tierra su presa y la devoró.

- “Ved y aprended, hijos míos - dijo la madre - Así es el mundo: el mundo está lleno de sorpresas y peligros. Por esto es preciso que desde pequeños aprendáis a conduciros según las sabias reglas de la cordura. Ea, pues, doblad el cuello y saludad al viejo pato que anda por allá: es de raza española. Ved la cinta colorada que lleva en la pata: es una muestra de alta distinción se la han puesto para que la cocinera no lo confunda con los demás, y por inadvertencia no lo ensarte en el asador.

— “Ahora ensayad a decir rap, rap a coro y acompasadamente; no metáis los pies hacia dentro, que esto es de mal gusto; echadlos hacia fuera como yo”

Los polluelos obedecían fielmente los mandatos maternales; pero por mucho que se esmerasen en distinguirse por su actitud y por su porte, los demás." patos les miraban de reojo y refunfuñaban diciendo en voz alta:

— “jVayal... ¡Una nueva pollada todavía!... Como si por lo que nos dan de comer no fuésemos ya bastantes.”

- “A fe mía, que esto pasa de castaño oscuro. - dijo un pato joven y ardoroso y al apercibirse del patito feo añadió: ¿Habéis visto qué tipo? ¡Ah! a éste sí que no podemos admitirle.”

Y echándosele encima, empezó a darle picotazos en el pescuezo.

- “Bribón - gritó la madre — Déjale, que el pobrecito no hace daño a nadie.”

- Es cierto. - contestó el agresor; pero a su edad es demasiado grande, y además tan feo que deshonra nuestra casta.

En esto se había ido acercando el pato español de la cinta roja y no pudo menos que encomiar el porte y los modales de los polluelos. Pero añadió fijándose en el patito feo:

- “¡Lástima que esté entre los demás, que son muy lindos, esa especie de monstruo, cuyas plumas son de un color detestable!”

- “Verdaderamente - contestó la madre - no se distingue por su figura: pero es muy buen chico, tiene un carácter afable y nada mucho mejor que los res-tantes. Creo que con el tiempo se pulirá. Supongo que su deformidad depende de haber permanecido en el huevo demasiado tiempo. Y por otra parte, - añadió, alisándole cariñosamente el plumaje con el pico, pues lo tenía erizado y descompuesto a causa de la solemne picotada que el pobre había recibido; es un macho, y en este concepto la hermosura es lo de menos.”

- “Si vos os conformáis, enhorabuena - repuso el pato español - De todos modos los demás son muy hermosos. Bienvenidos sean todos. Únicamente debo advertirles, que si encuentran alguna golosina, como por ejemplo una cabeza de anguila, no se olviden de traérmela. Al fin y al cabo yo soy el jefe del estanque y quiero que se me respete.

Los polluelos fueron muy bien acogidos par la banda, excepto el patito feo que se vio perseguido, maltratado y mordido sin cesar. Las pollitas se reían de él y lo encontraban ridículo. Había en el corral un pavo que solía pasearse ahuecándose como si fuera dueño de todo el universo, y al ver al pobre patito se hinchó como la vela de un buque impedido por el viento y atacó furioso al pobre animal. El patito, acosado de cerca, se arrojó al estanque, con lo que el pavo tuvo que quedarse en la orilla y empezó a echar terribles glu, glu, volviéndose rojo de ira.

El patito no gozaba de un instante de reposo; no sólo le zarandeaban continuamente durante el día, sino que hasta de noche el recuerdo de tantos maltratos no le dejaba cerrar los ojos. Sus penas iban en aumento de día en día, pues hasta sus hermanos se mofaban de él, diciendo.

- ¡Qué no te atrape el gato, horrible criatura que nos avergiienzas!

Y la misma madre que en un principio le defendía, acabó también por rechazarlo.

Todos le llenaban de picotazos y le insultaban, incluso la mujer encargada de repartirles la pitanza, la cual solía rechazarlo con el pie cada vez que el desgraciado animal se le acercaba deseoso de pillar un mísero resto de comida.

Por fin, no pudo aguantar más y tomó vuelo por encima del seto, pasó jardines y campos: los pajarillos que estaban en las ramas huían espantados al oír el extraño rumor de sus alas, todavía torpes e inexpertas.

- “Se espantan porque soy feo - decía el infeliz cerrando los ojos para no ver el desastroso efecto que su aparición producía por doquier. Y volando y alejándose cada vez más de los lugares de su nacimiento, llegó al gran pantano en que habitaban los ánades silvestres. Hizo alto en aquel sitio, pasando la noche entre juncos, triste y cansado.

Al día siguiente, al amanecer, acudieron aves silvestres de todos lados, contemplando con curiosidad al recién llegado.

— ¿De dónde vienes? - le preguntaron - ¿A qué casta perteneces? - Y el patito hacía saludos a todo el mundo con aquel embarazo propio de un ser que se avergienza de su mala figura.

- Puedes vanagloriarte de ser horriblemente feo. - añadieron los ánades silvestres; pero no importa, mientras no te hayas metido en la cabeza la idea de casarte con alguna de nuestras hijas.

¡Cómo había de pensar en casarse el pobrecito, que no quería más que un poco de tolerancia para buscarse el sustento en el lodo y dormir tranquilo entre las cañas!

Así permaneció algunos días, hasta que de repente se le presentaron dos ánades silvestres, procedentes de lejanas tierras, de los países del Norte. Pues eran jóvenes y la juventud es animosa y no se acobarda nunca ante los peligros.

- Hola, compañero- le dijeron - Tienes una figura tan grotesca y divertida, que de buen grado te admitiríamos en nuestra compañía y serías, como nosotros, ave de paso - le dijeron - En el pantano más próximo hay algunos gansos silvestres muy agradables, entre ellos varias hembras que como no han visto mundo, no se preocupan mucho en materias de hermosura; vente con nosotros, y tal vez, a pesar de tu fealdad, encontrarás novia.

De repente se oyó pif paf, y los dos ánades cayeron muertos en el agua. Pif paf se oyó nuevamente y grandes bandadas de aves acuáticas se elevaron desde los cañaverales huyendo en todas direcciones. Era una gran cacería; resonaba el estrépito de los disparos mientras los cazadores llegaban a la orilla de la laguna y algunos se encaramaban a las ramas de los sauces y álamos que se proyectaban sobre el agua, el humo azulado de la pólvora se cernía en el espacio, y los perros corrían por todos lados y flas, flas, se arrojaban al agua, rompiendo y doblando juncos y cañas, acercándose al escondite del desventurado pato. ¡Qué terribles angustias pasó aquellos breves momentos! Pues al ir a encoger la cabeza y ocultarla bajo el ala para perder de vista aquel cuadro de horrores, vio a su lado un enorme perro con los ojos centelleantes; la boca abierta, la lengua fuera y las quijadas armadas de formidables colmillos. Examinó al pato, le husmeó, rechinó los dientes, y flas, flas, volvió la espalda, yéndose, sin tocarle. en busca de una presa menos indigna.

- “Loado sea Dios -dijo el patito- recobrando la serenidad: me ha encontrado demasiado feo y le he producido repugnancia. Es la primera vez que la fealdad me sirve de algo.

Y se enmarañó en lo más espeso de los juncales, en tanto que el plomo hendía el aire silbando y que las detonaciones se sucedían sin descanso. La cacería duró todo el día; pero por fin los cazadores tocaron retirada, y aún el pobre patito permaneció algunas horas sin moverse, hasta que después de tomar mil precauciones salió del agua, y a toda prisa atravesó campos y prados, afrontando una desdichada tormenta que no le permitía avanzar con la precipitación que hubiera deseado, sin que por eso buscase abrigo ni suspendiese su marcha. Deseoso de alejarse cuanto antes del maldito pantano. Al anochecer llegó a una pequeña y miserable choza campestre, tan vieja y arruinada, que no sabiendo por qué lado caerse se mantenía en pie. El viento soplaba con tal fuerza alrededor del fugitivo, que para no caer derribado le fue preciso resguardarse al abrigo de la choza. Notó que a la puerta le faltaban los goznes, y viendo una apertura, se coló dentro de la habitación. Vivía en aquella choza una vieja con su gato y una gallina. El gato, a quien llamaba “hijo mío”, sabía arquear el lomo y hacer ron, ron como también se daba buenas trazas en enfurruñarse y echar chispas siempre que en la oscuridad le acariciaban a contrapelo. En cuanto a la gallina tenía muy cortas las patas; pero ponía huevos excelentes y la buena mujer la quería como una hija.

Hasta el amanecer no notaron la presencia del intruso, y el gato empezó a gruñir y la gallina a cacarear.

— ¿Qué tenemos? - preguntó la vieja mirando a su alrededor. Y al apercibir al fugitivo acurrucado en un rincón, lo tomó por hembra, y exclamó:

— ¡Qué suerte! Voy a tener huevos de pato y los haré empollar.

Con esta idea prodigó las más finas atenciones al recién llegado, le alimentó bien, y fueron aquellos los primeros momentos felices de su vida. Pero después de tres semanas, cuando notó la mujer que los huevos no venían, volvieron a empezar las angustias para el pobre patito. La gallina era la señora de la casa o poco menos y al hablar, decía siempre: “nosotros y los otros”. entendiéndose por nosotros ella, la vieja y el gato y por los otros el resto del universo que en su concepto estaba muy por debajo de los tres. El patito se permitió manifestar su opinión contraria, y encolerizada la gallina, le preguntó:

— ¿Sabes poner huevos?

- No.

- Entonces cállate, que al fin y al cabo no eres nadie en este mundo. Y el gato le preguntó a su vez:

— ¿Sabes arquear el lomo, hacer ron, ron y echar chispas?

- No.

- Entonces, ¿con qué derecho quieres tener opinión propia? Conténtate con escuchar a las gentes razonables y no protestes.

Y el pobre patito no tuvo más remedio que callarse tristemente en un rincón. Volvía a ser desgraciado.

Pero un aire fresco y la luz del sol penetraron en la habitación y sintiendo irresistibles deseos de nadar, lo consultó con la gallina.

- Efecto de la ociosidad - dijo ésta con desdén - Naturalmente, como nada tienes que hacer te asaltan esas ideas estrafalarias. Ya, verás pon huevos o haz ron, ron, y te pasarán.

- Es, sin embargo, tan agradable tirarse al agua, sumergir en ella la cabeza y ¡zambullirse hasta el fondo!

- Yo creo - repuso la gallina - que has perdido el juicio. Anda, pregunta al gato, que es el ser más razonable que conozco, si a él le gusta eso de meterse en el agua. Y no he de decirte lo que yo opino sobre este particular. Pregúntalo además a nuestra ama: nadie tiene más experiencia, pregúntale y te dirá si le vendría bien eso de chapucear en el agua todo el día.

- Veo que no me comprendéis - se atrevió a balbucear el patito.

- ¿Qué no te comprendo? Pues, ¿acaso te has figurado ser más sabio que el gato y nuestra ama? Y cuenta, que no quiero hablar de mí. Vaya, muchacho, repórtate y no seas vanidoso: si no procuras aplacar tu orgullo, Dios te ha traído a una casa muy bien abrigada, y gozas de una compañía de la cual podrías sacar gran partido para instruirte un poco. Yo, por mi parte me ofrezco a pulir tu inteligencia, pues te quiero bien, y si te canto verdades algún tanto amargas, es porque en eso precisamente se conocen los buenos amigos. En el mundo no cabe hacer más que dos cosas de provecho: poner huevos o hacer ron, ron. Procura aprender cualquiera de las dos.

-Creo que lo mejor será que me vaya a dar una vuelta por el mundo para despabilarme un poco.

-En efecto, un viaje no te sentará mal, pues veo que eres muy ignorante.

Y el patito se fue, llegando a un pantano solitario, donde se puso a nadar a su gusto, yendo y volviendo, zambulléndose y remojándose y procurando olvidar en estos ejercicios las impertinencias de la gallina.

Vino el otoño: las hojas de los árboles se pusieron amarillas, se secaron y el viento se las llevó formando con ellas remolinos en el aire. Llegó el invierno: espesas nubes preñadas de nieve tapaban el Sol, y bandadas de cuervos acosados por el frío graznaban cruzando el espacio. Así, con un tiempo tan malo, pasó el pobre pato enormes tribulaciones.

Una tarde tuvo, no obstante, un momento de felicidad. Había hecho un día magnífico: el Sol tocaba a su ocaso envuelto entre soberbias arreboles de un color rojo incandescente. De súbito pasó una bandada de aves grandes y soberbias: eran de una blancura deslumbradora, tenían el cuello largo y flexible y lo doblaban graciosamente. Eran cisnes. Exhalaron un grito especial, desplegaron sus anchas alas y tomaron vuelo hacia los países cálidos del Mediodía. Iban remontando el espacio, subiendo siempre, y el patito feo experimentaba al verlos una sensación desconocida. Se revolvió en el agua, extendió el cuello hacia los viajeros y arrojó un grito tan singular, tan penetrante que se dio miedo a sí mismo.

-¡Oh! ¡Cómo quería a aquellas hermosas aves, sin conocerlas, ni saber siquiera adónde se dirigían! Cuando las perdió de vista, poseído de una extraña agitación, se sumergió hasta el fondo del agua, y si bien reapareció de nuevo a la superficie, notó que nunca había estado tan movido como en aquellos momentos. ¡Cómo las admiraba! Y sin embargo no sentía el menor asomo de envidia. El pobrecito que se habría dado por dichoso si los patos hubiesen querido tolerarle en su compañía, teníase por la más repugnante de las criaturas.

Y el invierno era cada vez más crudo, iban helándose los estanques y el pato nadaba sin cesar y agitaba sus remos de día y de noche, para trabajo, el círculo en que se agitaba iba cerrándose cada vez más, hasta que por fin una noche, rendido de fatiga, se entorpecieron sus miembros y se quedó pegado en el hielo.

A la mañana siguiente pasa un campesino por la orilla, vióle en aquel estado, rompió el hielo con los zuecos, y se llevó el pato a su casa entregándolo a su mujer. El calor le volvió a la vida. Los niños quisieron jugar con él; pero receloso al recuerdo de las injurias de que había sido objeto, se figuró que iban a maltratarle, y huyendo despavorido, cayó en el caldero de leche, derribándolo. La mujer enfurecida cogió las tenazas y el pato corriendo de un lado a otro se metió en un barril de harina levantando nubes de polvo, con lo que se prolongó la escena largo rato. La mujer y los niños riendo y gritando le acosaban por todos lados, hasta que una ráfaga de viento abrió la puerta y el pobre animal pudo escabullirse y ocultarse en unos haces de ramaje.

Sería muy triste contar todas las miserias y trabajos que tuvo que soportar aquel crudo invierno. Pero reapareció el sol, cantó la alondra y brilló la primavera tan hermosa, cuanto el invierno había sido horrible.

En tanto el pato había crecido mucho: sus alas eran robustas y sin darse cuenta, un día se elevó en los aires, alcanzando una altura que nunca había imaginado. Después de hender el espacio a su sabor, bajó a tierra y se encontró en medio de un hermoso parque, lleno de saúcos y ojicantos floridos. Por entre flores y arbustos serpenteaba un límpido arroyo que iba a desembocar en un grandioso estanque rodeado de césped. ¡Qué bello era aquel sitio, con sus umbrías frescas y regaladas! De pronto el pato vio tres hermosos cisnes meciéndose en el lago. ¡Qué soberbias aves! ¡Y con qué rapidez surcaban el agua, en tanto que el céfiro hinchaba sus alas desplegadas, como las velas de un buque!

-“No hay más, quiero ir con ellos, con esas aves regias, quiero admirarles de cerca, sé que me matarán y razón les sobra: feo como soy no tengo derecho a acercarme. Pero me es igual: prefiero morir a sus golpes, que verme maltratado por mis hermanos, menospreciado por las gallinas, rechazado por el mundo.”

Y echando pecho al agua púsose a nadar corriendo al encuentro de los cisnos, y éstos por su parte, en cuanto le vieron, se precipitaron hacia él batiendo las alas.

- “Ya sé que vais a matarme”, dijo el pobre animal e inclinó la cabeza hacia la superficie del agua, esperando la muerte. ¿Pero qué vio en el espejo que formaba el agua transparente? Su propia imagen, que ya no era como antes la de un ave mal conformada, de un color pardo sucio, fea y repugnante, sino la de un precioso cisne. ¿Qué importaba haber sido empollado por un pato, habiendo salido de un huevo de cisne? Al fin y al cabo la raza prevalece siempre y un día u otro se revela.

Lejos de sentir el joven cisne sus antiguas penas y desventuras, por el contrario, contribuyeron éstas a hacerle más sabrosa la felicidad que le había cabido, sobre todo al ver a los cisnes que le rodeaban con solícito interés y le acariciaban blandamente con sus picos.

Algunos niños se acercaron al estanque a echar pan y verdura a los cisnes, y el más pequeño gritó:

- “Hay otro nuevo.”

- “Sí, sí, es verdad”, exclamaron los demás, saltando y dando palmadas, de contento. Después corrieron a llevar la noticia a sus padres y volvieron al estanque trayendo pasteles y otras golosinas para obsequiar al recién llegado. “¡Qué guapo es! ¡qué gallardo! ¡qué gracioso! ¡es el más bonito!”

El cisne se sentía confuso y avergonzado, y en vez de pavonearse lleno de soberbias como tantos que se elevan desde la nada, ocultó la cabeza bajo el ala, pensando en las crueles e inicuas persecuciones que había tenido que sufrir antes de oírse llamar la más hermosa de aquellas magníficas aves. ¡Oh! ¡Y pensar que iba a reinar con ellas en aquel encantador estanque rodeado de deliciosos bosquecillos! Irguió su cuello gracioso y flexible, levantó sus alas por entre los cuales zumbó la brisa, y se deslizó con elegante abandono por la superficie de las aguas, exclamando interiormente, lleno de alegría:

- “¡Cómo podía imaginar tanta felicidad, ni aún en sueños, en aquellos tiempos en que no era más que el pobre patito feo!”